

RAMÓN SERRANO SÚÑER

SEMBLANZA
DE
JOSÉ ANTONIO,
JOVEN

(Con veintiséis fotografías fuera de
texto y una carta autógrafa de Azorín)

PAREJA Y BORRÁS
EDITORES
BARCELONA

RAMÓN SERRANO SUÑER

SEMBLANZA DE JOSÉ
ANTONIO JOVEN

ÍNDICE

Introducción	3
En la Universidad	6
Su carácter	8
El estilo	12
Su vocación y su destino	14
El hijo	17
Su consecuencia	21

INTRODUCCIÓN

SEÑORAS, señores

Os aseguro que nada justifica esta expectación. Nada, al menos en lo que a mí se refiere. Sólo puede justificarla la imprescriptible grandeza del tema de mi conferencia. Si fuera de otra manera, en cuanto, mínimamente, se proyectara sobre mí esa expectación, os doy de corazón las gracias sin palabras convencionales de cortesía, y lamento que mis decaídas facultades y mi mala salud no me permitan intentar siquiera algo que sea digno de vuestra atención y vuestro interés.

Me urge ya decir qué es a lo que no vengo aquí. No vengo a ninguna de estas tres cosas: ni haré revelaciones sensacionales, ni vengo a meterme con nadie -hablando vulgar y llanamente-, ni a terciar en ningún pequeño juego político, cosa que, profundamente, me repugna. Se trata de algo más sencillo, más claro y elevado; vengo a hablar del José Antonio humano; a sacarlo, o entresacarlo, en la medida de mis fuerzas, del mito retórico que lo sepulta. Tampoco diré palabras de propaganda; sólo palabras verdaderas -mi pobre verdad sobre su gran verdad-, que tal vez alcancen (por el tono y el sonido inconfundibles que la verdad tiene) la eficacia y la elevación que nunca puede lograr el ditirambo propagandístico.

CUANDO por el peso de los años nuestro sistema de ideas, ilusiones y esperanzas, ha quedado penosamente depurado por la experiencia, volvemos la vista atrás y si hacemos balance de nuestra vida -en el grado en que la exigencia de cada uno sea capaz-, advertimos que tantas cosas en las que creíamos creer se desvanecen y se hace patente ante nosotros su insignificancia. En compensación otras, no sólo resisten el roce del tiempo sino que pueden soportar las pruebas más duras, incluso su transformación o su deformación, con finalidades poco interesantes, sin que se altere su valor ni disminuya su tamaño. Y si se trata de personas a las que hemos querido, comprendido y admirado tal como fueron, en su realidad puramente humana, diríase que su recuerdo en lugar de desvanecerse acrece cada vez más definido y próximos aunque haya gentes que, deliberada o inconscientemente, traten de perturbarlo incluso magnificándolo de manera hiperbólica y deshumanizada. Y mientras las primeras pierden entidad y vigor, las otras -afectos profundos, estimaciones bien fundamentadas-, se instalan cómoda, mente en todo el espacio libre que la volatilización de aquellas otras deja en nuestro espíritu. El saldo de nuestro balance será, en definitiva, el reconocimiento de unos pocos amigos y afectos verdaderos, y de unas pocas ideas o convicciones invariables. En ello, al fin y al cabo, habrá consistido nuestra vida, y es ello lo que seguirá sosteniéndola y alentándola en forma de compañía cada vez más íntima y necesaria, más cordial y depurada.

En este balance de mis afectos y valoraciones, la figura de José Antonio no sólo no pierde sino que gana espacio y relieve al correr del tiempo, convencido como estoy de que su amistad, su trato frecuente e íntimo en los años de la juventud, y en otros decisivos, es uno de los bienes más ciertos que el destino ha querido concederme. Por ello no me causa trabajo, sino placer, esta invitación para intentar un retrato, o una evocación, del José Antonio joven que yo conocí. Un José Antonio anterior a su futura gloria pública, un José Antonio en cierto modo íntimo. Pues aunque nuestra amistad juvenil se hiciera luego más verdadera y exigente en la vida profesional y parlamentaria que juntos iniciamos, es del José Antonio de los primeros años -del universitario- del que quiero hablar, porque de él pienso que mi testimonio puede ser en alguna medida casi único y especialmente cualificado, y porque al otro José Antonio le han sobrado testigos -verdaderos y hasta falsos- y sólo habré de referirme a él cuando los recuerdos de una y otra época aparezcan necesariamente unidos o sean complementarios.

Lo que no quiere decir que yo renuncie -pues no renuncio- a volver sobre el tema: el hombre y la obra. En primer término a considerar los hechos en su realidad profunda y circunstanciada, los hechos tal como fueron, es decir, en su objetividad infalsificable. Esta contribución a la Historia es obligación que tenemos con la presente generación y con las venideras. A la verdadera Historia, no a su ilícita deformación como con frecuencia hacen

pretendidos historiadores, que en realidad son desaprensivos antihistoriadores que cortan, suprimen, mutilan o tergiversan, en relación con acontecimientos o personas, con el más absoluto desprecio por el sagrado deber de veracidad. Con desdén y con asombro tenemos ocasión de comprobarlo cuando lo que se narra es la Historia contemporánea tan próxima a nosotros que tal vez hemos sido testigos presenciales o actores de los hechos deformados o mentidos.

Otra cosa será luego la interpretación y la crítica de aquellos hechos y de los hombres, el enjuiciamiento sobre sus aciertos, su rectitud de intención, la valoración ética de las conductas, etc., cosa perfectamente lícita por adversa que resulte, siempre que sea decorosa y honrada. Crítica absolutamente necesaria aunque a la vez resulta tarea delicada y nada fácil, ya que como dice un ilustre historiador, el Padre Zacarías García Villada en su "Metodología y crítica históricas", entender bien el alcance de un hecho o de una fuente, y considerar los diferentes puntos de vista desde los cuales pueden ser examinados, exigen una educación especial del que hoy se llama sentido histórico.

Y todavía nos quedará otra tarea apasionante que será ésta: conocidas las constantes del pensamiento y de la voluntad de José Antonio aplicarlas a las variables de las distintas posiciones en que podríamos imaginarlo en lo que se refiere a decisiones, enfoques, sugerencias o consejos -según fuera el puesto que ocupara si estuviera con nosotros- ante los mil acontecimientos graves y trascendentes que desde su muerte han ocurrido en España y en Europa.

EN LA UNIVERSIDAD

CUANDO llegó a la Universidad José Antonio era casi un adolescente y aún lo parecía más por su aspecto un poco tímido, por su pudor irónico, por su relativo desaliño de entonces y por una cierta ingenuidad con la que se asomaba por primera vez a la vida intelectual. Para ir a la vieja Universidad tomábamos los dos el mismo tranvía -el número 11, que hacía el recorrido Retiro Argüelles-, pues él vivía en Serrano y yo en Claudio Coello.

Se incorporó como alumno oficial a nuestra promoción con un año de retraso por haber dedicado el anterior a estudiar matemáticas (mientras aprobaba por libre otras asignaturas) con propósito de hacerse ingeniero, por lo que a nosotros, introducidos ya en el ambiente universitario y bien situados, nos dio la impresión de un novel desorientado y para muchos, cargados con los prejuicios (valga la paradoja) de aquel ambiente liberal, su condición de hijo del General Primo de Rivera # todavía no Dictador pero ya figura muy conocida- le hacía sospechoso. Tanto fue así, tan fuerte fue este recelo, que algunos (profesores y alumnos, incluso inteligentes) tardaron tiempo en aceptar, aun cuando se hizo patente en seguida, que aquel joven era un universitario auténtico, brillante y agudo, con una personalidad original y extraordinaria.

Recién llegado, estuvo, como era corriente entre estudiantes, más pendiente él de nosotros que nosotros de él. Un día, nuestro inolvidable y gran maestro don Felipe Clemente de Diego me preguntó sobre un tema de "obligaciones" que desarrollé con amplitud; y al salir de clase José Antonio se me acercó y me dijo: "Oye, todo eso que has dicho no está en los apuntes, ¿querrías decirme por dónde lo has preparado?". Le entregué una monografía que había utilizado y le hablé de otros libros que consultaba en la biblioteca del Ateneo a la que inmediatamente se incorporó. A los pocos meses destacaba entre los primeros y mejores.

SU CARÁCTER

LAS notas más salientes de su carácter pronto empezaron a hacerse visibles con gran intensidad, pues tenía una personalidad fuerte que sólo la envidia, los prejuicios o la ceguera podían dejar de percibir. Me llamó siempre la atención su espíritu de orden, aun diría que su meticulosidad. Era éste un aspecto -el más exterior sin duda de su carácter, del rigor extremado que ponía en todo, que exigiría en todos y que empezaba por exigirse a sí mismo. Conservo aún los cuadernos donde ponía en limpio -la noche misma de tomarlos- los apuntes de Política Social, asignatura del Doctorado que explicaba Olariaga. Son -incluso caligráficamente- un prodigio de claridad y cuidado. Sin duda había también en este primor material algo de aquel espíritu infantil que -él, tan hombre-- tal vez no perdiera nunca en el transcurso de su corta vida. (Este atildamiento lo llevaría más tarde, aunque sin afectación, a su atuendo y a su participación en la vida mundana -aunque con una fuerte dosis de reserva crítica, de ironía y a veces de "directismo"-, después de la que propiamente fue su primera experiencia social en Barcelona, cuando su padre fue allí Capitán General).

En esta misma línea de las manifestaciones externas de su gusto por el rigor y la puntualidad estaba su cortesía, pues José Antonio era un hombre muy cumplido. Jamás se le pasaba sin felicitar un santo, nunca dejaba de expresar su congratulación por el triunfo o por el éxito -grande o pequeño- de un amigo, ni de hacerse presente en su infortunio. Y esos deberes los cumplía puntualmente hasta en los tiempos más duros de su vida, estando preso en la cárcel de Alicante. (Nunca olvidaré la carta -ejemplo de delicadeza, de comprensión y de ternura- que desde allí me escribió a la muerte de mi padre. cuando era ya inminente el estallido revolucionario, "en estas horas -me decía tan cargadas de ansiedad".) Las enseñanzas, a veces crueles, de su propia sensibilidad le hacían estimar y cuidar la sensibilidad ajena. También sin afectación, con autenticidad, era generoso y leal; y nunca he visto en él un solo movimiento que cupiese atribuir a la envidia y mucho menos a un interés bastardo. Estimaba todo lo que era estimable; y si de un amigo se trataba, su estimación no conocía retraimientos ni reservas, y era muy expresivo en su alegría por el bien de las personas que quería. Con todo esto no pretendo decir -¡Dios me libre!-, que fuera siempre y para todos cómodo y fácil. Cortés, delicado, generoso, y, por supuesto, inteligente y comprensivo, podía ser si quería -y a veces lo quería incómodo y antipático. Esta era una consecuencia de su exigencia y su rigor; no pasaba por movimiento mal hecho y le decía las verdades al lucero del alba. Claro es que, según acabo de decir, estaba legitimado para tanta exigencia porque lo que exigía de los demás empezaba por exigírselo a sí mismo y su tensión autocrítica, como su tensión crítica, podían llegar a la ferocidad. No soportaba lo vulgar ni lo inauténtico, pero sobre todo le ponían fuera de sí los aproximativos pretenciosos. Soportaba bien, a veces incluso con cariñosa simpatía, a los ignorantes confesos, pero no toleraba a los alfabetos satisfechos. Esa exigente pasión por lo depurado y verdadero desembocaba a veces en la iracundia. Sus "tormentas" fueron proverbiales entre parientes, amigos y secuaces. Pero me urge decir que cuando esto ocurría sin razón (todos tenemos en nuestra relación con los demás altibajos, momentos buenos y otros desafortunados en los que herimos), sabía arrepentirse y pedir perdón con la misma generosidad con la que él perdonaba, porque tenía un alma grande incapaz de permanecer en el rencor. (Otra cosa es que mantuviese en una recta estimativa sus juicios hasta el final adversos, pero sin odiar a las personas a quienes se referían, como a él le odiaron y algunos le odian todavía).

Era sincero, y, por serlo, implacable con toda suerte de simulaciones y duplicidades. Detestaba muy particularmente a las personas solemnes y especialmente a las que de la sensatez o de cosas más altas hacían profesión o carrera. Tenía un sentimiento religioso muy hondamente humano -se sabía un pobre pecador-. No era, pues, un católico profesional, de

esos que han sido recientemente aludidos por un Cardenal insigne -Ottaviani- que se sirven del catolicismo y lo utilizan para sus asuntos y conveniencias personales, políticas, económicas, "et sic de quam plurimis".

No puede negarse que era orgulloso y no sólo por temperamento sino también de un modo consciente y fundamentado. Pero se defendía, se vigilaba cuidadosamente para no caer en el mayor pecado del hombre que es, sin duda, la soberbia. (Solía decir que, además de gran pecado, era la soberbia algo despreciable, de lo que estaban bien dotados los hombres inferiores y más aún los asnos que a las buenas razones contestaban con coces). De tal manera fue la solemnidad infatuada uno de los temas de su mayor aversión que en ella se apoyaron algunas de sus enemistades, y aun creo que éstas fueron las más profundas, siquiera en ocasiones pienso que no fueron las más justas.

Con aquel orgullo consciente y con su exigencia, tanto como con su pudor y su timidez, pero también con su temperamento de intelectual, hay que relacionar una de las notas más acusadas del carácter de José Antonio, patente ya -e incluso hipertrofiada- en aquellos años de su formación: la ironía. Por de pronto, la ironía como instrumento y como actitud para nivelar el énfasis o atenuar la exaltación juvenil de una inteligencia muy brillante --como la suya- frente a todo; pero también como camino hacia el humorismo e incluso hacia el sarcasmo. Camino en el que a veces llegaba a ser cruel, especialmente consigo mismo, poniendo en solfa sus propios actos cuando podían resultar demasiado ruidosos. Este correctivo irónico - autocorrectivo- no le abandonaría nunca. Recuerdo dos anécdotas expresivas que se refieren ya a los tiempos de su acción pública y que subrayan la doble dirección -orgullo y pudor- que su ironía solía adoptar. Diré que en sus primeras actuaciones parlamentarias no consiguió - pese a la elegancia de su lenguaje y aun por exceso de ella- entonar con el ambiente. Al fin, un día intervino con éxito rotundo en un debate sobre problemas universitarios. (Su pasión por la Universidad fue la más genuina de su vida, y por ello siempre sería su musa más feliz. Conocimos nosotros una Universidad políticamente descarriada, pero con existencia y presencia tan ciertas en lo científico y docente que toda la vida la hemos recordado con gratitud). De tal manera acertó en aquella ocasión, que las personas más reacias y distantes acusaron el éxito; y como alguna de éstas se manifestara con engolado elogio, en un grupo de los que se formaron en los pasillos, José Antonio, en voz suficientemente alta como para que lo oyeran, me dijo: "¿Pero tan mal lo habré hecho para merecer tanta adhesión?. (Sin duda se acordaba de aquel orador griego que cuando era aplaudido por la multitud decía: "Alguna estupidez ha salido de mi boca").

La otra se produjo con ocasión de una conferencia importante -meditada y extensa- que pronunció con mucho éxito en el "Círculo de la Unión Mercantil" sobre una nueva estructuró, de la economía nacional al servicio del destino de España; y al terminar, cuando me descubrió entre las personas que acudían a felicitarle, saliéndome al encuentro, con aquella cordialidad infantil que muchas veces tenía, me dijo: "¿Has visto, Ramón, la cantidad de libros que he traído en mi cabeza? He estado hecho un pozo de ciencia". También le divertía dar a sus expresiones irónicas y a sus ademanes humorísticos un cierto tono de patosidad; era una especie de ironía sobre la ironía, y hay que decir que aquel aire adolescente que nunca perdió del todo le ayudaba a conseguir su propósito. Unas veces la fórmula de su ironía consistía en sobrecargar de énfasis burlón una frase cualquiera y otras en aligerar o minimizar una expresión realmente grave. Así, cuando terminadas las clases nos dedicábamos a poner en orden los problemas de la Asociación escolar que los dos dirigíamos, y nos sorprendía en esa tarea la hora de almorzar, José Antonio ponía término a aquella situación de retraso diciendo una y otra vez: "Vámonos, vámonos, porque mis tías me estarán esperando". Pronto no fue él quien tuviera necesidad de hacer esta consideración cuando se acercaban las dos de la tarde, pues alguno de los compañeros que allí trabajaba con nosotros le recordaba que le estarían

esperando sus tías, y él, con aquel gusto que tenía por gansear en la intimidad, exclamaba: " ¡Verdaderamente que mis tías tienen una gran personalidad universitaria! "

Cuando algún compañero proponía cosa desatinada o inconveniente, José Antonio mordiéndose las uñas decía: "Hay que tener cuidado de no desacreditarnos antes de habernos acreditado". Y en una huelga escolar, cuando el fotógrafo de un periódico, con fines políticos que no nos interesaban, quiso retratarnos reunidos con los directivos de otros centros de enseñanza con los que nuestra coincidencia era puramente táctica y ocasional, José Antonio además de negarse conmigo a aquella pequeña maniobra, cuando aquellos censuraban nuestra actitud, contestó con esta graciosa impertinencia : "Es que nosotros queremos conservar la autonomía de nuestra imagen". Luego, más tarde, ya en los años de una lucha política en la que sabía muy bien que arriesgaba la vida, en el turbulento parlamento republicano, caricaturizaba en coplas de humor desenfadado cuanto allí encontraba hinchado, convencional, grotesco o ramplón. Y es que ésta era su trepidante espontaneidad y era precisamente por eso por lo que no pasaba por el gracioso profesional (cargado con un repertorio de ingeniosidades en conserva, ene veces repetidas), y le fatigaban los dicharacheros de oficio.

Pese a la vigilancia a que la sometía, su violencia no dejó de desatarse en más de una ocasión, como en aquel juicio oral donde, asumiendo su propia defensa, arrojó la toga al suelo al oír la sentencia condenatoria (por tratarse de un procedimiento de urgencia se notificaba en el mismo acto, en estrados), y censuró al ponente su falta de valor para aceptar, por la Justicia, el riesgo de un traslado; o en aquel debate parlamentario promovido para fijar la posición de España en relación con las sanciones que las potencias aplicaron a Italia durante su guerra de Abisinia y en el que el Ministro de Estado (un radical llamado Rocha), impermeable a las fundadísimas consideraciones que él hiciera en su interpelación, con sus característicos estilo y método rigurosísimos, cometió la imprudencia de pretender contestarle -brindando al sol- de manera a la vez incoherente y destemplada, siendo rápidamente atajado por José Antonio, quien le lanzó un "Váyase Su Señoría a hacer gárgaras" que sonó allí como un trueno; y cuando estremecidas las vestales parlamentarias y la presidencia solemnemente congestionada quiso obligarle a que retirase esas palabras, contestó: "Ni una coma, ni un acento" y luego comentó " ¡Si es el discurso de mayor adecuación!".

EL ESTILO

SE ha hablado mucho del estilo de José Antonio. En los primeros meses de la guerra civil se usó y abusó de este tema --el estilo de la Falange- incluso por personas pintorescas que repetían por boca de ganso lo que ni remotamente eran capaces de entender; y llegaron a convertir en cosa ridícula algo tan serio, importante y necesario como es y será siempre el estilo. Estilo que José Antonio tenía y perseguía con verdadera obsesión. "Cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación". "Nos impusimos como el más estricto deber el de conservar ' sobre todo, aún en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas que casi son una: el rigor intelectual y el estilo". Y a un estudiante que se quejaba de que el periódico "FE" no fuera bastante duro le contestó: "Camarada estudiante: revuélvete contra nosotros si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales".

Lo que él llamaba estilo -buen estilo-, era un esfuerzo, y un gran cuidado que se refería al modo espiritual de sentir, pensar y expresarse y que abarcaba también el gesto y la conducta entera. Un esfuerzo para lograr una síntesis humana de las perfecciones en apariencia más opuestas como son la delicadeza y el vigor, la precisión intelectual y la gallardía física, la inteligencia y el valor, y, en lo que se refiere a la expresión, la sencillez y la profundidad. El estilo sería la prueba -el contraste- del hombre auténtico y de las cosas auténticas. Aquella síntesis suya, luego tan manoseada, de lo religioso y lo militar, podía también adoptar otros muchos pares de cualidades integradoras: lo intelectual y lo deportivo, la elegancia y el rigor, la pasión y la veracidad, el ímpetu y la delicadeza. Y esta exigencia de estilo fue, desde sus años juveniles, uno de los imperativos de aquel hombre, jamás satisfecho de sí mismo. Era un imperativo tanto estético como moral, fundado en una doble repugnancia por la zafiedad y la retórica (que tantos cultivan, amorosamente, a la vez), la improvisación y la pedantería, la hipocresía y la jactancia.

ERA un hombre muy capaz de sufrir y sufrió mucho con las defecciones y deslealtades de amigos y seguidores suyos o de su padre, con las interpretaciones torcidas y con los ataques deliberadamente injustos. Más de una vez en las depresiones y tristezas de su lucha, he recibido confidencias suyas amargas y desilusionadas. "Sé que quien asume la dirección de un movimiento político no tiene derecho a la tranquilidad ni al descanso; pero hay momentos en que me parece que me va a saltar la cuerda como a un reloj". Le causaba especial amargura la egoísta inasistencia de personas que por su situación personal u oficial estaban más obligadas a ayudarlo; "las que luego -decía- se aprovecharán de mi sacrificio". También me habló de "la soledad en que muchas veces se encontraba en el cabal significado de su lucha". "Si no hubiera ya muertos por mi causa, me retiraría definitivamente." Pero su idea de la responsabilidad y la conciencia de aquellos sacrificios le impedían entregarse a esa actitud de renuncia a la que, a veces, le empujaban su sensibilidad y también el recuerdo de su vocación abandonada.

SU VOCACIÓN Y SU DESTINO

PORQUE es hora ya de detenernos en la afirmación que antes hiciera de que la política no fue ni la primera ni la más íntima vocación de José Antonio. Más de una vez se ha dicho que José Antonio fue, principalmente, un intelectual, lo que es cierto; pero yo diré que antes de llegar a ser otras cosas fue un universitario apasionadamente entregado a su vocación. Ya expliqué antes cómo la vida universitaria absorbía la nuestra casi por completo. Trabajé principalmente el Derecho civil -que era, entonces, el centro de gravedad de un bufete- con don Felipe Clemente de Diego y con Sánchez Román, a la vez. Su formación jurídica fue concienzuda y extensa; metódicas y escogidas sus lecturas fueron rigurosamente dirigidas al fin de su preparación profesional. Es cierto también que José Antonio intervino -y de manera muy importante en la política escolar de entonces, aunque por nuestra parte era más bien aquella intervención empeño en defender a la Universidad de un peligroso intrusismo político, que nosotros denunciábamos -todavía a tiempo- contra la que resultó imprudencia efectiva de personas rectas y bien intencionadas con las que noblemente luchamos, y también de algunos -entonces- profesionales de la prudencia. Es éste grave tema del que ya me ocupé -un poco ocasionalmente- en otro lugar, y sobre el que un día quiero volver con el detenimiento que merece. Pero lo que pudiéramos llamar nuestra actividad política no nos apartó nunca de lo principal: los estudios, las clases, los seminarios, las bibliotecas. No había entonces el profesionalismo (aunque pronto lo inaugurara el célebre Sbert) que luego serviría a tantos estudiantes para no serlo o para serlo eternamente.

La vocación universitaria de José Antonio dio su fruto: por de pronto le convirtió en el escritor, el orador y el ensayista cuyas delicadas y tersas cualidades de estilo han aportado al acervo de la literatura política española indudables virtudes de renovación, en buena parte continuadoras de las que iniciara Ortega y Gasset que fue, en lo intelectual, su maestro tal vez más próximo y decisivo. Nació y vivió José Antonio en un momento altísimo de las letras españolas. Utilizó expresiones políticas rigurosamente inéditas. Desarrolló una profunda labor de profilaxis sintáctica, en el lenguaje político; y, con la propiedad, la precisión y el rigor del suyo, marchitó muchas expresiones que hoy ya no pueden utilizarse -"gente de orden", "derechas", "izquierdas", etc.. Como después de Azorín no puede escribirse como se escribía antes, tampoco después de José Antonio no se pueden emplear en el lenguaje político las formas anteriores. Para mí tanta verdad en esto, como que muchos de sus seguidores (más todavía entre los nuevos), se dedican a cultivar un remedo falso y ridículo; una retórica falsa, manejando de manera hipertrófica -"opportune inopportune"- las bellísimas imágenes que él usara con tanta parquedad. Esta actividad literaria de José Antonio quizá hubiera alcanzado otros aspectos (de hecho ensayó géneros literarios puros como la novela) si en lugar de ponerla al servicio de la política se hubiera limitado a acompañar de manera marginal su más grande y profunda vocación; aquélla para la que se había preparado con pasión y metódico esfuerzo en sus años universitarios: "mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad" como dice en su testamento con palabras que conmueven transidas de nostalgia. Cuando terminó su carrera José Antonio no tuvo, en este aspecto de su vocación, ninguna clase de vacilaciones. Y aun antes de concluir su decisión era firme ejercería la profesión como abogado libre, sin buscar la protección, el seguro, el cauteloso amparo de un puesto en algún escalafón a través de unas oposiciones, "ese monstruoso instrumento de tortura -decía- que nada selecciona de verdad, pero que aniquila, disminuye o limita tantas capacidades". (Casi rió conmigo cuando dije que estaba preparando unas).

Con motivo de esta actitud suya frente a la lucha profesional es oportuno recordar que, pese al autoritarismo de su concepción política, se dijo de él alguna vez que en el fondo era un liberal, lo que sólo será en alguna medida exacto si matizamos debidamente esa afirmación, ya que teóricamente, doctrinalmente, es evidente que no lo era. José Antonio, que irrumpe en la vida pública cuando liberalismo y capitalismo están en crisis en todo el mundo ¿cómo iba a defender ni lo uno ni lo otro? Pensó, por el contrario, en la urgente necesidad de un

movimiento nacional que replantease y transformase enteramente la vida de nuestro país y concibió el Estado -no hay que tener miedo a decir la verdad- como un instrumento totalitario al servicio de la integridad de la Patria. (No es ésta ocasión de explicar cómo luego -vivía en un proceso de constante maduración- se liberó de esa influencia italiana). Fue sí liberal por la vía del temperamento y de la sensibilidad, esto es, por dónde el liberalismo significa un nobilísimo valor humano. Y lo fue, al menos, en el sentido de que un temperamento verdaderamente liberal (no un mero beato del liberalismo) más que por otra cosa se distinguirá por su inclinación a enfrentarse a cuerpo limpio con la vida, sus luchas y problemas, sin tutelas, protecciones ni seguros. Para tomar esa postura hay que sentirse sobre todo fuerte y seguro de sí mismo como José Antonio se sentía. Sin tener entonces una posición económica brillante, la renuncia a aquellas precauciones de un empleo seguro, de una colocación como base, era un acto de valor y de confianza en sí mismo. Y por lo mismo también aspiraba a ganarse la vida limpiamente y sin ventajas. Quiso que sus ganancias nacieran legítimamente de su trabajo profesional, al aire libre de la calle, en noble competencia limpia de polvo y paja y de concomitancias con el Poder, desde el cual, o por el cual, todas resultarían bastardas. Su padre había accedido ya a la Dictadura y ello determinó en José Antonio una preocupación casi obsesiva: liberarse profesionalmente de su honroso apellido, para evitar toda ayuda o provecho que su condición de hijo del Dictador pudiera depararle. Fue en esto impacable hasta la susceptibilidad. Más de un caso conozco en el que plantó en la calle a los clientes que a él acudieron esperando algo de su condición de allegado al Poder. Aun con tantas trabas y escrupulosas autolimitaciones, pronto su rigor intelectual, su excelente formación, su seriedad, su responsabilidad y su expresión elocuente y precisa,, "ab usu dicendi remota*", hicieron de él un gran abogado. (Bergamín -el más lúcido- Sánchez Román -el más técnico- de los abogados de aquel tiempo -políticamente enemigos suyos los dos- dieron de ello público y autorizado testimonio). Su amor por la abogacía se apoyaba en el profundo y verdadero respeto que sentía por el Derecho como disciplina humana y en el deleite espiritual que le proporcionaba la penetración en

su contenido racional, ordenado en sistema de verdades, en el que se hermanan la perfección formal con la solidez lógica. Admiró la teoría pura del Derecho de Kelsen -entonces muy en boga- principalmente por la belleza formal de su explicación de la unidad de aquél. Y tenían sus escritos tanto rigor que para ellos también conserva vigencia la frase que Leibniz dedicó a los escritos de los grandes juristas de Roma. ¡Qué lejos todo esto de la idea que el vulgo (aquí especialmente necio y extenso) tiene de lo que puede ser, de lo que en esencia es -independientemente de lo lamentable que con frecuencia, históricamente, pueda resultar, moral e intelectualmente-, tan elevada profesión!

EL HIJO

HAY un capítulo en la juventud de José Antonio del cual, históricamente, no podría yo dar fe, pero de cuya certeza moral no me cabe la menor duda. Pese a la confianza con la que de todo me habló es ésta una intimidad que yo no conozco; el cariño, el respeto, el sentido de la dignidad familiar de José Antonio, la mantuvieron siempre en el mayor secreto. Me refiero a la discrepancia del hijo, del José Antonio joven, para con su padre --el Dictador- en punto a opiniones, criterios y maneras en lo atañente a la vida pública, que alguna vez los enfrentó. Estoy seguro, repito, de que esto ocurrió y es natural que ocurriera, por sus diferencias de formación y temperamento, dentro siempre de la reverencia, la sumisión y el acatamiento en última instancia, del hijo para con el padre. Lo que no quiere decir que José Antonio no estimara la obra de gobierno del General Primo de Rivera; pues, muy al contrario, con toda convicción, la consideró y calificó siempre como obra de buen gobierno. Y personalmente tuvo gran admiración por él, de quien dijo que "tenía la misma exuberancia de espíritu, la misma alegría generosa, la misma salud, el mismo valor y la misma sugestión sobre las multitudes que un gran capitán del Renacimiento".

Creyó en su talento natural e incluso en su sentido político, aunque yo pienso que creyó mucho menos en su imaginación política. Más adelante -hombre ya- después de afirmar, recordando con orgullo palabras de Ortega y Gasset, que la Dictadura estuvo encarnada en un hombre que tenía cálida el alma, templado el espíritu y clara la cabeza, señaló que a la Dictadura le faltó una gran idea central, una doctrina elegante y fuerte. Esta reserva que honestamente formuló de modo privado primero, y públicamente después, no fue obstáculo para que el sagrado deber de defender la memoria de su padre -su honor, su patriotismo y su buena fe-, decidiera dramáticamente su destino, arrastrándole a la acción política. Sin ese tirón moral es más que probable que hoy siguiera entre nosotros, formulando recursos de casación en el ejercicio de la profesión que tanto amó.

En su manifiesto electoral dijo al país: "La memoria del General Primo de Rivera en las Cortes tendrá cuatrocientos acusadores y ningún defensor". "Los demás acusadores podrán, al menos, designar quien los defienda; mi padre, no, porque, muerto ya, no es siquiera parte en el proceso de las responsabilidades." "Y eso es una tremenda injusticia. Sólo para eso quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la memoria sagrada de mi padre..."

"...No me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada vez me atrae menos..." "Porque no me atraía pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio -ejemplar y excepcional discreción y delicadeza- ni actué en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros y que apartarme de ellos para lanzarme al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras las Cortes, ante el pueblo, sigan lanzando acusaciones contra aquella sagrada memoria. Quiero ir a defenderlo... necesito defenderlo, aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, y no cesaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el General Primo de Rivera merece su gratitud." Y termina: "El General Primo de Rivera pacificador de Marruecos... servidor de su país en seis años de gobierno, que le vio subir al Poder con todo el empuje de su madurez vigorosa y salir del Poder a los seis años rendido, viejo y herido de muerte... hombre bueno que se fue de la vida sin el remordimiento de una crueldad y al que mató más que el cansancio de seis años de trabajo la tristeza de seis semanas de injusticia".

Fue, pues, preciso que se acumularan las injurias, las calumnias, las apreciaciones más torpes e injustas, pero sobre todo que se multiplicasen las defecciones, las cobardías, y las negaciones de quienes debían fidelidad a la causa derrotada, para que él se sintiera en el deber de asumir, casi solo, una carga tan pesada. (Hubo colaboradores ilustres y leales pero tan

entonadamente perseguidos, expatriados algunos, que apenas pudieron hacerlo.) Quizá si todos los que estaban obligados a ello se hubieran mantenido en su sitio no habría sentido él ese deber de modo tan inexcusable. (Es la turba de los fieles a todas las causas victoriosas, capaz de pasar en un instante de la sumisión servil e incondicional a la también borreguil desbandada. Era la hora incómoda y del riesgo, no la de los gestos serviles y adulatorios. Los "leales" disueltos, quedaba uno: el que discrepó, el que discutió, el que advirtió; ¡el verdadero leal!: el hijo.)

El hecho es que fue el nombre de su padre quien le obligó a torcer su vocación de luchador en el campo de una profesión independiente y acaso también a la más grave torcedura de su constitución espiritual. Porque lo cierto es que su constitución espiritual y mental era la de un intelectual que anhelante buscaba la verdad habituado a la problemática, a la duda metódica, que su persecución exige. Y frente a esta actitud del intelectual, la otra actitud del político que ha de decir sus palabras -nunca del todo maduras- del todo y para siempre -"lanzar robustas afirmaciones sin titubeos"-, y en pos de ellas ha de embarcarse sin retorno posible, estoy seguro (hay mil muestras de ello en sus escritos) que no fue para José Antonio una perspectiva deseable. Y si afrontó, virilmente, ese deber lo hizo en tal concepto ¡como deber!

Su vocación fue, pues, intelectual y su destino político; aunque en su acción política se condujera luego con arreglo a su constitución intelectual, por lo que tuvo con los demás no diferencia de grado sino de esencia. (Por ello no puedo estar de acuerdo con la tesis que de su vocación política sostuvo en esta misma tribuna un joven inteligente y de muy sólida formación -Director otro tiempo de las revistas "Alcalá" y "La Hora"-, estableciendo la identidad VOCACIÓN = DESTINO, a través de la construcción de un teologismo, no sé si del todo seguro, para llegar a la demostración de su tesis. "Que Dios nos llama, precisamente, a través del mismo quehacer para el que nos envía".)

Otra prueba de mi tesis es ésta: no es corriente en los hombres con vocación política o con "pasión de mandar" (como diría Marañón), estimar y sobreestimar a los rivales o concurrentes en el ejercicio o en la aspiración del Poder. Pues bien, en la vida de José Antonio es constante lo que, usando un lenguaje jurídico mercantil, pudiéramos llamar "el sueño del endoso o de la transferencia": constantemente desea que sea otro quien realice sus propios ideales en servicio del país; que otro encauce el propio proyecto que él tiene para la vida pública, y que se alumbre un Jefe nacional para realizar la revolución que considera necesaria. Y así después del triunfo de la "Unión de Derechas" en 1933, atraído por las condiciones parlamentarias de Gil Robles -al que considera prisionero de una mala escuela- le exhorta para que convierta aquel resultado electoral favorable en la ocasión de realizarla. Ante el triunfo de Azaña tampoco vacila en exponer sus esperanzas de que aquel intelectual desapacible a quien considera dotado de una dialéctica severa, traicione a los demagogos insolventes y se convierta en el César que el Estado español necesita para cumplir su misión histórica. (Azaña... "intelectual de minoría, escritor selecto y desdeñoso..., dialéctico exigente y frío..." Pero el ateneísta arisco y misterioso que llegaba en ocasión propicia para realizar experiencias sorprendentes y recortar un pueblo a su talante... "se dedicó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad". "España pasó por sus manos de Dictador, atormentada como por las de un masajista asiático...") ¡Otra ocasión perdida para España! y... para que él pudiera, con tranquila conciencia de español, abandonar su empresa política, y regresar a sus aficiones más gratas. Otro día, sentados juntos en los escaños del Congreso, escuchábamos un discurso que, con motivo de la discusión del presupuesto de Obras Públicas, pronunciaba Indalecio Prieto. Al principio, José Antonio, que no sentía respetos humanos para nada que no pareciera verdadero, se reía de los trémolos, del retoricismo y de los ademanes mitinescos del líder socialista. Pero de pronto la voz del tribuno adquiría acentos cálidos de sinceridad y de pasión ante la idea de un gran futuro español,

buscando la revalorización y la redención de nuestras tierras pobres por medio de los grandes planes de obras hidráulicas. Aquello ya era otra cosa; dijérase que aquella tarde la sombra gigante de Joaquín Costa cruzaba el hemiciclo donde resonara el eco de su voz profunda y lejana; y desde aquel punto José Antonio siguió el discurso con creciente atención. Al terminarlo, con su habitual independencia, comentó: "¡Qué lástima! Un hombre capaz de emocionarse, de exaltarse así, con verdadera elocuencia cuando habla de la grandeza de España, mientras esos otros energúmenos que le rodean sólo piensan en su destrucción y su hundimiento, debería tener la consecuencia y el valor de tirar por la borda todos los lastres de plebeyez y de vulgaridad demagógicas. ¡Qué lástima!, porque él sería el jefe natural de un fascismo español, de un socialismo nacional, que nos ahorraría toda la sangre y los sacrificios que han de venir. Y cuánto más cómodo le resultaría a él que a mí, puesto que tiene de un modo inmediato lo que a mí me falta; yo para las masas seguiré, aún durante mucho tiempo, siendo un señorito, el hijo del Dictador".

SU CONCIENCIA

Tuvo José Antonio una esencial consecuencia -nada parecida, por cierto, al empecinamiento-, que no excluía, sino al contrario, incluía, evoluciones y rectificaciones, aunque sin avenirse jamás al oportunismo. Esa nota de su carácter fue sin duda acentuada al decidirse por la acción política que tuvo que endurecer por fuerza su espíritu de consecuencia; lo que es evidente que no ocurrió sin dura lucha consigo mismo, con su forma mental más flexible, la propia de un intelectual (dicho sea en términos generales, claro está, que no excluyen la granítica posición de algunos que por tales intelectuales pasan), que ha de ser consecuente consigo mismo en cada momento, pero con posibilidades autocríticas y revisoras infinitamente mayores y con márgenes de rectificación mucho más amplios. (He recibido con motivo de este acto una carta de Azorín en la que dice que José Antonio era curiosidad intelectual y gusto de la acción.) Buena prueba de cuanto digo era la patente insatisfacción, la perplejidad que a veces producían a José Antonio algunas de sus ideas o posturas y que (esto extrañará muchísimo a los que creen conocerlo y sin embargo lo desconocen esencialmente) pocos hombres han sido menos propensos que él al fanatismo, al absolutismo y a la inflexibilidad. Su preocupación por un estilo intelectual de vida -incluso dentro de la acción- se mantuvo siempre y ella le llevó a estimar las cualidades intelectuales de los demás, de los que realmente las tenían. Su repulsión por lo vulgar, su probidad y su lealtad para con la inteligencia, le impusieron la admiración, el olvido y el respeto por hombres que habían sido sañudos enemigos de su padre y que tampoco aprobaban su propia política, aunque es seguro que no desconocían su elevación. Se rendía a los valores ciertos con la misma sinceridad con que despreciaba a los falsos, donde quiera que estuvieran unos u otros. Recuerdo, a propósito de estas estimaciones, la actitud de José Antonio al regresar de su viaje a la Italia fascista. Admiraba mucho a Mussolini -al hombre y al político extraordinario que fue el Duce y que tanta influencia ejerciera sobre él-; y su conocimiento personal aumentó esa admiración. Pero el conjunto del sistema y de sus hombres (pese a que allí reconociera realizaciones y progresos considerables) no le dejó enteramente satisfecho y dudaba si aquello tendría la aprobación de importantes sectores del país. "Me hubiera gustado pulsar el humor -me decía de otra gente elevada en los planos del pensamiento, de la cultura y la conducta, para saber cómo juzgaban el sistema." El, que nunca padeció esa beatería intelectualista que destruye la independencia de la inteligencia y que sabía muy bien que la pasión política corrompe con frecuencia el juicio de los espíritus más agudos, pensaba que tampoco se podía llegar a dar por definitivamente sancionado un sistema del que estuvieran absolutamente desentendidos o al que fueran hostiles los mejores. De aquí que no se dispensase esfuerzos para obtener en alguna medida la aprobación de aquellos a quienes también en algún aspecto consideraba espíritus superiores y así creo que debe ser interpretado su célebre y hermoso escrito de homenaje y reproche a Ortega y Gasset, su visita a Unamuno en Salamanca y su encuentro con Marañón en Madrid.

Es que el universitario sensible a los verdaderos valores persistió siempre en él. (Hay muchos universitarios fuera del recinto oficial de la Universidad y dentro de él algunos que no lo son. Y me urge matizar esa faceta de su personalidad con estas rotundas palabras suyas: "Seamos universitarios, pero también partícipes en la tragedia de nuestro pueblo". No se olvide que José Antonio, aparte de su profundo sentimiento español, llega al patriotismo por el camino de la razón y de la crítica y por eso aun a los que, a su juicio, no vieron del todo la verdad o viéndola no se decidieron a entronizarla -reproche a Ortega- les agradece el que "deshicieran a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras", y sólo les reprochó que no añadieran a su crítica mayor efusión. Porque él tampoco amaría ni "el optimismo desvergonzado", "ni las confusas vegetaciones", "ni patrioterías ni faramallas de decadencia", "ni el panegírico y laudo incesante de España", de "una España mediocre plegada al gusto

zafio y triste". Y frente a las mentiras y tercerías, quería una España limpia y elevada, proclamando "su amor por la eterna e inmovible metafísica de España".

(Por cierto que Marañón señala, muy certeramente, en su prólogo al libro de Díaz Plaja "Modernismo frente a noventa y ocho", que cuanto José Antonio le refirió sobre sus proyectos -sus sueños- en relación con la reorganización de la vida española, a lo que más se parecían era a la política de Costa. Eso es verdad, pues aquel coloso aragonés avivó sin descanso la conciencia nacional en torno al gran problema del campo que tanto preocupó a José Antonio. Y hermanando tradición y progreso abogó por la reconstrucción de los patrimonios comunales, por la extensión de los regadíos y de la repoblación forestal, por los sistemas jurídicos en los que la propiedad familiar no se disgrega, por la instrucción de las gentes del campo como medio de redimirlas de la servidumbre caciquil y de la miseria usuraria.

Hace tiempo comencé un trabajo para la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que benévolamente me eligió veinte años atrás, estudiando el paralelo entre el "regeneracionismo" de Costa y la "Revolución" nacional de José Antonio; o por lo menos el antecedente que aquél constituye en relación con éste.)

Pero advierto, como todos habréis advertido, que aquel joven barbilampiño de ojos claros, iluminados por la fe y la ilusión o velados por la melancolía, con quien un día, camino del viejo caserón de San Bernardo, inicié un diálogo sobre España que sólo la muerte cortaría, se nos ha convertido ya en un hombre, un hombre hecho, seguro de haber asumido un destino penoso, trágico e ineludible. Es ya el jefe de un movimiento político en marcha. -Un poco después se convertirá en un mito público-. Por hoy dejémoslo allí; en el punto desde el que arrancó para su irremediable sacrificio; donde será por unos olvidado, exaltado, confundido o transformado por otros. Y cabe preguntarse si al fin de tanta historia pasada no se nos habrá escapado el hombre. Y también si el hombre ha sido comprendido y aceptado en su verdad. (Tal vez lo que él dijera, amargamente, de su padre, puede decirse de él con mayor justicia: que padeció el drama que España reserva a todos sus grandes hombres, el drama de que no los entiendan los que los quieren y no los quieren los que podían entenderlos.)

Pero aunque lo dejemos en aquel punto, para volver otro día sobre su persona y su obra, no podemos dispersarnos ahora sin recordar que mañana se cumplen veintidós años de su muerte. Un testimonio escrito -su testamento-, documento admirable, nos permite afirmar que hasta su hora última fue acompañado y sostenido por las mejores virtudes de su vida: el decoro, el rigor y la sencillez, la elegancia y la firmeza. Y en ella, con estremecedora serenidad, sin debilidades ni jactancias, con la armoniosa medida de la que hizo ideal y disciplina toda su vida, pasa revista a sus afectos, pesa sus culpas, vierte en criterios de gran sobriedad sus ideales, pide perdón y perdona y se dispone -en la definitiva soledad- a consumir su ofrenda.

Por encima de todos los tópicos su recuerdo queda, quedará; y cuando la acción implacable del tiempo haya arrumbado muchas cosas, incluso muchas de la que se refieren al mito sobrepuesto a su persona, quedará el valor puro de su figura humana, de su grandeza verdadera.



He aquí tres momentos del acto celebrado en la sede del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por insuficiencia del local del Círculo Medina, donde estaba anunciado. Arriba, a la izquierda, Pilar Primó de Rivera y Ramón Serrano Súñer cambian impresiones momentos antes de iniciar este último su conferencia. A la derecha, Serrano Súñer saluda al ilustre Doctor Don Gregorio Marañón, una de las muchas personalidades asistentes al acto. Abajo, asediado por una nube de fotógrafos —el tópico, por una vez, se hizo realidad—, y ante la expectación del público que sbarrotaba el local, Serrano Súñer pronuncia las palabras iniciales de su conferencia





Cuatro estampas del viejo álbum familiar, cuatro fotografías amarillentas y entrañables, cuatro recuerdos de infancia de quien, andando el tiempo, sería una de las cabezas pensantes españolas más preclaras. Arriba, a la izquierda: el General Primo de Rivera, futuro Dictador de España, en compañía de su esposa, doña Casilda Sáenz de Heredia y de sus hijos José Antonio y Miguel. A la derecha: el General, con sus seis hijos. José Antonio, el mayor, viste la clásica marinera y el inevitable flequillo. Abajo, a la izquierda: José Antonio y Miguel, con un perro de su propiedad. A la derecha: Título de Bachiller de José Antonio: primera etapa cumplida. La última le llevará a reposar bajo la piedra del Escorial



UNIVERSIDAD CENTRAL SECRETARÍA GENERAL
 INSTITUTO GENERAL DE ESTUDIOS DEL P. PUEBLO
 Curso académico de 1917 a 1918.
TITULO DE BACHILLER
 A favor de D. José Ant. Primo de Rivera
 y Sáenz de Heredia, natural de Madrid,
 provincia de Madrid,
 nacido el día 24 de Abril de 1903.
 Expedido conforme al Real Decreto de 16 de Marzo de 1917
 el día 10 de Octubre de 1917.
 Registrado al folio 19, tomo 37 del libro correspondiente.
 Remitido al Instituto el día 17 de Octubre de 1917.
 El Director del Instituto
J. Maricón
 1014077



ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DE MADRID

SECRETARIA

N.º cronológico 10883

27.º 43 de 1925

EXPEDIENTE PERSONAL DEL COLEGIADO

Don José Antonio Primo de Rivera y Saenz de Heredia

EXTRACTO

Incorporación en 3 de *Abril* de 1925
 Inscripción al folio 117 del libro 14 de incorporaciones.
 Aprobada en Junta de Gobierno de 24 de *Abril*
 de 1925

Dos fotos de José Antonio. La primera corresponde, al parecer, a la época de la Dictadura, cuando para todos no era más que el hijo del Dictador». La segunda, a la etapa inmediatamente anterior a su definitiva salida a la vida pública de España: verano de 1933. La gravedad de la expresión refleja muy bien las dudas que a José Antonio —universitario e intelectual por encima de todo— debieron acompañarle en las vísperas fundacionales. A esta época, camino de Italia para visitar al Duce, corresponde ya su idea de que el sistema es el hombre, que no supone, como algunos han creído, la defensa de un sistema dictatorial, sino por el contrario, la salvación de la dignidad, la integridad y la libertad humanas. Abajo: fotocopia de su expediente personal en el Colegio de Abogados de Madrid. La abogada —con tanto cariño y tanta nostalgia recordada a la hora de su muerte— fué la gran pasión de José Antonio, que bajo la fría letra de las leyes y de los códigos buscó siempre el calor de la Justicia

El General Primo de Rivera, «al que mató más que el cansancio de seis años de trabajo la tristeza de seis semanas de injusticias», ha muerto en París. En Madrid le aguardan sus hijos José Antonio, Miguel y su sobrino Fernando



Pésame oficial. En la foto, S. M. el Rey Don Alfonso XIII. Comienza ahora, para todos los hijos del General y en especial para José Antonio, por ser el primogénito, un calvario mucho peor que el soportarlo cuando se les pretendía despojar de toda personalidad por el hecho de ser hijos del Dictador. A partir de su muerte, lo que se impone, por encima de la defensa de su obra, es la defensa del buen nombre del General

José Antonio, candidato a las Constituyentes para defender la sagrada memoria de su padre. Ahí está el origen de su intervención en la vida pública del país. Al cabo de dos años, José Antonio irrumpirá de nuevo, decidido a llegar hasta el final, en ella, pero no ya solamente para defender la memoria de su padre, sino para defender a España.





A la izquierda: Octubre de 1933. Alfonso García Valdecasas, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera organizan en Madrid un sacto de afirmación nacional» en el Teatro de la Comedia. «Está alzada la bandera... «Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente... Hay que abandonar el bufete tan querido, hay que abandonar los libros, los amigos, hay que abandonarlo todo y recorrer España levantando el brazo, violentando su timidez y su pudor al presidir mítines, hablar en el Congreso y organizar el Partido decidiendo en cada momento cuestiones que preciarían de serena meditación... Y hay que exponerse, también, a los atentados. La fotografía de la derecha recoge un momento de la entrevista celebrada con César González Ruano después del atentado sufrido en Madrid, con el que José Antonio no quiso especular «como una vedette con el robo de sus alhajas